

Lucía, que sólo escuchaba á su pasión, bajó de cuatro en cuatro los escalones y tendió los brazos á su amante.

—¡Cómo!—le dijo, cubriéndole de besos.—¡No hubieras vuelto solo!

—¡Nunca!

—¡Siempre!

IV

Un lindo esposo

Lucía era la mujer de las reconciliaciones. Cuando las mujeres están á mil leguas de las albas virginales, cuando han franqueado sin vergüenza todas las estaciones del amor —del amor descendente—, buscan las emociones violentas como los glotones que acaban por la pimienta de Cayena (1). Se había despedido para siempre de los paseos amorosos, de los ensueños sentimentales, de las conversaciones al amor de la lumbre. Buscaba la tormenta, llamaba al rayo. No era la primera vez que Carlos Abelle «la tumbaba» y que ella le mordía en la refriega. Hasta entonces, siempre acabaron por perdonar, saboreando las locas embriagueces de la pasión.

El amante conocía las fuerzas todas de su despotismo sobre Lucía. Ella era siempre la primera en buscar el arreglo. El volvía á ser el de antes incondicionalmente; pero á menudo como un perro que todavía enseña la dentadura, hasta cuando acaricia.

(1) Es decir, por la deportación.

Lucía adoraba á su amante, que á la vez inspirábale miedo.

Si era su dueño, no era el dueño en la casa. Con frecuencia era preciso ocultarle. Cuando se daba una comida al príncipe, no comía á la mesa; pero la comedianta le decía esto, ó poco menos: «—Toma, lobo mío. Aquí tienes un luis; tengo convidados á comer. Beberé á tu salud y tú beberás á la mía. Voy á fastidiarme mucho, pero volverás antes de media noche.» A veces le decía: «—Ven durante la velada, so pretexto de acompañarme á cantar.» Carlos Abelle tomaba el luis como hubiera tomado una tarjeta, sin humillación. Hay ventajitas de estado.

Abelle se dijo un día que no representaba buen papel en casa de su amante. Ésta le trataba en público con demasiada ligereza, y demasiado dulcemente en particular. Resolvió quitarse la careta y tomar un rostro, imaginándose que podía cortarse un carácter por el estilo del de los Don Juan y de Lovelace.

Fué esto pocos días después de la escena del carruaje. No quería volver á aparecer en el gran mundo con un papel borroso. Juzgó que Lucía tenía bastante dinero ó suficientes alhajas para poner á todos sus príncipes á la puerta.

Una noche que ella quería retenerle y que quería ir al baile de la Ópera, dijola de pronto:

—Quiero sacrificarte todas mis aventuras, porque te amo; pero tú has de sacrificarme todos tus amantes, porque estoy celoso.

Esta declaración de principios fué derechamente al corazón de Lucía.

—¡Lobo mío!—le dijo.—De sobra sabes que eso es imposible. No tendría con qué pagar la contribución de mi hotel. ¿Y mis caballos y mis vestidos? ¿Quieres que vaya á pie? ¿Quieres que vaya desnuda?

—Sí, irás á pie y te pondrás un traje de indiana. No me opongo, por otra parte, á que vayas desnuda.

—¡Como Eva! Pero Eva no había pecado. Amigo mío, no sabes lo que cuestan hoy las hojas de parra. Hablas de trajes de indiana; lo cual me llega al corazón. Pero un vestido de indiana, si no me lo hago yo misma, me costaría quinientos francos de costurera.

—Sí,—dijo Carlos Abelle,—en todo, la afectación (1), es lo que arruina; pero, en fin, tú tienes algún dinero en el Banco ó en casa de un notario.

—¡Ah, querido! Menos que nada. ¿Crearías que, después de todas mis buenas fortunas, apenas tengo veinticinco mil francos de renta?

—Eso es algo, unido á tus alhajas y tu hotel.

Lucía juzgó que aquello no era nada.

—¡Mis alhajas! ¿Te has figurado acaso que las vendería? Mira, el proverbio dice: «La honra es un diamante que la virtud lleva en el dedo.» Cuando ya no se tiene virtud, es menester llevar otros diamantes.

—Mujeres hay del gran mundo que no tienen sino aderezos de imitación, lo que no les impide ir á todas partes.

—¡Qué necio eres! Cuanto más conocido es en ellas el diamante falso, más se descubre á la mujer honrada. Pero ¿qué se descubriría bajo el diamante falso si se me mirase? Una pérdida que todo lo ha perdido.

Abelle mordía la punta de su cigarro.

—Si me amas un poco, bien podrías sacrificarme tu hotel.

—¡Mi hotel! ¿Y en dónde querías tú que habitase?

(1) Equívoco intraductible: *façon, modo de hacer una cosa, es á la vez afectación (modales afectados).*

Ve á ver los palacios de esas damas. Aquí, no tengo lugar para mis vestidos. Mis caballos están albergados en el sótano, mis criados en el desván.

—Desvarías, querida. Tu hotel vale trescientos mil francos. Si le vendieras, tendrías veinte mil libras de renta más —¡qué digo!— cincuenta mil, si los colocabas en los préstamos extranjeros.

—Sí,—murmuró Lucía, que se abandonaba por un momento á las ideas de su amante.—Me convertiría entonces en un buen partido. ¿Pedirías acaso mi mano?

—Tal vez sí, un día ú otro.

—Cuidado, que hay hipotecas sobre mi hotel y sobre mi corazón.

Lucía pensó con orgullo que había ya en París más de una actriz casada y muy á la moda en el gran mundo. Pensó en todas las cantantes que se habían casado y tornándose mujeres de su casa. Pensó en que todo se olvida. Mas no conocía aquella vieja máxima que persigue á la lujuriosa hasta más allá de la tumba: «La belleza pasa, la pecadora queda».

—¿Sabes,—añadió, tomando las manos de Abelle,— que por ti fuera capaz de hacer esta locura? ¡Ah, cómo el amor metamorfosea á una mujer! No me reconozco.

Y Lucía recordó que, en otro tiempo, no le gustaba la vida sino en medio del ruido. Era menester que una fiesta sucediera á otra fiesta, la orgía á la orgía. Su atmósfera, era la transición; necesitaba cuatro amantes á la vez. Armábales á unos contra otros; era menester que se batiesen y se arruinasen por ella. Y entonces, todos aquellos ruidos exteriores la fastidiaban. No tenía sino un cuidado: encontrar una hora para estar con su amante. Así es que se decía en el mundo galante que iba perdiendo su empuje. Pero nadie pensaba en atribuir esto al amor. No se creía que pudiera incurrir en «aquella necedad».

—Bueno, lobo mío, pensaré en eso,—dijo, bañando sus ojos en los ojos de Abelle.

—Pensarás, pero será demasiado tarde.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que no soportaré más humillaciones. Sólo mi amor pudo darme fuerzas para sufrir tanto. Que yo no soy un cualquiera.

Carlos Abelle recordó complacientemente que había sido bien educado. Un día, al entregar á su padre el premio de honor obtenido en el colegio, su madre dijo en voz alta y llorando: «¡Siempre me pareció que éste sería el honor de la familia!»

—Sinti,—añadió, abrazando á Lucía,—hubiera abandonado la música, habría vuelto á la Escuela de Derecho y me hubiese convertido en un famoso abogado.

—¡Oh, sí!—exclamó ella.—Porque tienes una lengua de oro y una lengua de serpiente.

—Por desgracia, mi querida Lucía, cuando te veo no tengo fuerzas sino para caer en tus brazos.

No pensaba Abelle ni una palabra de lo que decía. Había quemado sus naves; nada podía esperar de su familia. No tenía valor para pedir á la sociedad su derecho al trabajo. Había afeminado su carácter hasta perderle. Era un hombre al mar... ó á la mujer, lo cual es aún peor.

Había vencido á Lucía la invencible. Saqueaba, arrasaba, como en un país conquistado. No quería perder terreno. Mas aquel día en vano hizo valer sus derechos, en vano mostró sus caricias y sus venganzas, sus sonrisas y sus dientes; Lucía le dijo que lo amaba hasta morir por él, pero estaba demasiado acostumbrada á su lujo para renunciar á su dorada vida. Sin cesar repetía que sus amigas estarían demasiado contentas si no seguía quitándoles sus amantes.

—¡Cómol—le dijo.—¿No estás orgulloso de tener por querida á una mujer á quien los príncipes hacen la corte?... ¿á una mujer que hace que se doblen todas las cabezas ante sus caprichos?

—¡Hay para estar orgulloso! Cuando uno de esos «machos» aparece, yo he de desaparecer. Pero me vengaré. Uno de estos días pisotearé sus blasones.

—Yo también, imbécil, yo también pisoteo sus blasones. Pero ño olvides que tienen fondo de oro.

V

Un buen príncipe

Sin dejar de entregarse á su señor, Lucía quiso aumentar el número de sus esclavos. Me explicaré: necesitaba vengarse de los caprichos de un amante de corazón por sus caprichos en el trato con sus adoradores. Se hizo doblemente altanera con el príncipe y con los otros; tanto más cuanto que, por aquel entonces, algunos periódicos hablaron de su talento y de su belleza. Se creyó más que nunca irresistible.

Así es, que era menester verla en el teatro, en el Bosque, en las cenas, distribuyendo sonrisas más ó menos acentuadas con aires de duquesa.

Comediante de tercer orden en el teatro, era gran comediante en su casa; tenía un arte maravilloso para entretener á cuatro amantes á la vez, como conducía aquí y allá, el día de las carreras, por divertirse, el carruaje de uno de sus amigos de ultra-Mancha. Su juego era bien jugado, porque ocultaba bien su juego,

Para la generalidad de los mártires, tenía sólo un amante, el príncipe. Pero, en el fondo, el príncipe no estaba en ella sino para dar buen aspecto á la casa: el príncipe por aquí, el príncipe por allá. Cada uno da lo que puede; el príncipe ponía su título en aquella comandita del amor en que tantos accionistas había. La fuerza de Lucía consistía en no alargar nunca la mano; gracias á una aritmética suya, el príncipe era inagotable en sus prodigalidades; sobrecargábala de diamantes, pero ella se apresuraba á abrir un paréntesis para decir que el príncipe tenía un gusto salvaje y que únicamente los franceses daban alhajas de aquellas que se pueden llevar, motivo por que no rehusaba ciertos regalos, cuando estaban bien hechos. Tampoco olvidaba decir que era un verdugo de dinero, que cuanto más se le daba más derrochaba ella. Y mostraba su linda mano de dedos empinados, para probar que no era aquélla una mano ganchuda. En el juego, diciendo que perdía siempre, saqueaba á sus vecinos sin ceremonias. Llegaba así, con los ingresos ocultos, á gozar de una renta de trescientos sesenta y cinco mil francos, puesto que gastaba mil diarios, según las cuentas de su tenedor de libros.

Pero un capricho del azar podía quitar los puntales al frágil edificio de aquella fortuna á todos los vientos. No poseía más bienes suyos que su hotel y sus alhajas, sin contar con que siempre tenía cien mil francos de éstas en el Monte de Piedad. Decía que éste era su dinero de juego. A veces enseñaba las papeletas para hacer avanzar á los más enamorados; pero éstos, aun los más apasionados, se arruinan al por menor, no al por mayor. Se da sin contar—después de haber contado—un puñado de billetes de Banco bien arrugados; pero gusta más dar diez veces diez mil francos que una vez cien mil.